

bre con esa glotonería que en los animales nos parece repugnante.

— Hé aquí la primera vez que se habrán visto treinta jinetes sobre un caballo, exclamó el granadero que habia matado la yegua.

Esta fue la única chuscada que atestiguó del ingenio nacional.

Bien pronto la mayor parte de estos pobres soldados se arrollaron en sus ropas, se colocaron sobre tablas, sobre todo aquello que pudiera preservarles del contacto de la nieve, y se pusieron á dormir, descuidados del mañana. Apenas el Comandante se hubo calentado, y una vez satisfecha su hambre, una invencible necesidad de dormir le pesaba sobre los párpados. Mientras el corto tiempo que duró su lucha con el sueño contempló la jóven que, vuelto el rostro hácia el fuego para dormir, dejaba al descubierto los ojos cerrados y una parte de la frente; estaba envuelta en su capoton forrado de pieles y en una fuerte capa de dragon; su cabeza descansaba sobre una almohada manchada de sangre; un gorro de astracan, sujeto por un pañuelo anudado bajo la barbilla, la preservaba la cara del frio todo lo posible, y tenia los piés ocultos en la capa. Arrollada de esta manera sobre sí misma carecía de forma alguna. ¿Era esta la pos-

trer vivandera? ¿Era esta aquella encantadora mujer, gloria de su amante y reina de los bailes parisienses? ¡Ay! El ojo mismo de su amigo más afecto no podia percibir nada de femenino en aquel conjunto de telas y trapos. El amor habia sucumbido al frio en el corazon de una mujer. A través del espeso velo que el más irresistible de los sueños extendia sobre los ojos del Comandante, este no veia ya ni al marido ni á la mujer sino como dos puntos. Las llamas de la hoguera, las figuras echadas por el suelo, el frio que rugia á tres pasos de un calor fugitivo, todo era un sueño. Una idea importuna aterraba á Felipe. « Vamos á morir todos si yo me duermo; yo no quiero dormir », se decia, y dormia. Un clamor terrible y una explosion despertaron al señor de Sucey al cabo de una hora de sueño. El sentimiento de su deber, el peligro de su amiga, cayeron de golpe sobre su corazon. Arrojó un grito semejante á un rugido. Él y su soldado eran los únicos que estaban en pié. Vieron un mar de fuego que delante de ellos y en las sombras de la noche cortaba una muchedumbre de hombres, devorando vivacs y cabañas; oyeron gritos de desesperacion, aullidos; distinguieron miles de rostros desolados y caras furiosas. Enmedio de este infierno, una columna de sol-

dados se abria camino hácia el puente, entre dos hileras de cadáveres.

— Es la retirada de nuestra retaguardia, exclamó el Comandante. Ya no hay esperanza.

— He respetado vuestro coche, Felipe, dijo una voz amiga.

Sucy reconoció al volverse, y á la luz de las llamas, al jóven ayuda de campo.

— ¡Ah! todo está perdido, contestó el Comandante. Se han comido mi caballo. Y además, ¿cómo podia yo hacer andar á este estúpido general y á su mujer?

— Tomad un tizon, Felipe, y amanzadles.

— ¡Amenar á la Condesa!

— Adios! exclamó el ayuda de campo. No tengo más que el tiempo preciso para pasar este fatal rio, y hay que hacerlo. ¡Tengo una madre en Francia! ¡Qué noche! Esta multitud prefiere permanecer sobre la nieve, y la mayor parte de estos desgraciados se dejan quemar ántes que alzarse. Son las cuatro, Felipe. Dentro de dos horas empezarán los rusos á moverse. Os aseguro que volvereis á ver el Beresina cargado de cadáveres. Felipe, cuidad de vos. No teneis caballos, no podeis llevar á la Condesa; por lo tanto, venid conmigo, dijo, cogiéndole por el brazo.

— ¡Amigo mio, abandonar á Estefanía!

El Comandante agarró á la Condesa, la puso en pié, la sacudió con la rudeza de un hombre desesperado, y la obligó á despertarse: ella le miró con ojo fijó y muerto.

— Es necesario marchar, Estefanía, ó moriremos todos aquí.

Por única contestacion, la Condesa trató de dejarse caer en tierra para dormir. El ayuda de campo agarró un tizon y le agitó delante de la cara de Estefanía.

— ¡Salvémosla á su pesar! exclamó Felipe alzando á la Condesa y llevándola al coche.

Volvió para implorar ayuda de su amigo. Entre los dos cogieron al viejo general, sin saber si estaba muerto ó vivo, y le pusieron al lado de su mujer. El Comandante removió con el pié á cada uno de los hombres que yacian por tierra, les quitó lo que habian robado, amontonó todos los fardos sobre los dos esposos, y arrojó en un rincon del coche algunos pedazos asados de su yegua.

— ¿Qué pretendeis hacer? le dijo el ayuda de campo.

— Arrastrarla, dijo el Comandante.

— ¡Estais loco!

— ¡Es verdad! exclamó Felipe, cruzándose los brazos sobre el pecho.

De repente pareció acometido de una idea de desesperacion.

—Tú, dijo agarrando por el brazo útil á su soldado: yo te la confío por una hora. Piensa que debes morir ántes que permitir á nadie aproximarse á este coche.

El Comandante se apoderó de los diamantes de la Condesa, los tuvo con una mano, tiró con la otra del sable, se puso á golpear furiosamente á los durmientes que le parecieron más intrépidos, y logró despertar al granadero colosal y á otros dos hombres cuya graduacion era imposible reconocer.

—Nos *chamuscan*, les dijo.

—Ya lo sé, respondió el granadero; pero me da lo mismo.

—Y bien; muerte por muerte, ¿no es preferible vender su vida por una mujer hermosa y aventurarse á volver á ver aún la Francia?

—Mejor quiero dormir, dijo un hombre recogiendo en la nieve; y si sigues mareándome, Comandante, te *clavo* mi sable en el vientre.

—¿De qué se trata, mi oficial? repuso el granadero. ¡Este hombre está borracho! Es un parisien, y prefiere su comodidad.

—Esto será para tí, bravo granadero, exclamó el Comandante presentándole un rio de diamantes, si quieres seguirme y batirte como un endemoniado. Los rusos están á diez minutos de jornada; tienen

caballos; nosotros vamos á llegar hasta su primera bateria y traer dos conejos.

—¿Y los centinelas, Comandante?

—Uno de nosotros tres, dijo al soldado.

Se interrumpió, miró al ayuda de campo, y le dijo:

—Vos venis, Hipólito, ¿no es cierto?

Hipólito asintió con un signo de cabeza.

—Uno de nosotros, prosiguió el Mayor, se encargará del centinela. Además, acaso duerman tambien esos malditos rusos.

—¡Comandante, tú eres un bravo! Pero ¿me meterás en tu berlina? dijo el granadero.

—Sí, si no dejas la piel allá arriba.

—Si yo sucumbo, Hipólito, y tú, granadero, dijo el Comandante dirigiéndose á sus dos compañeros, prometedme que os consagrareis á la salud de la Condesa.

—Convenido, exclamó el granadero.

Todos marcharon hácia la línea rusa, sobre las baterias que tan cruelmente habían cañoneado la masa de desgraciados que yacia á orillas del rio. Algunos momentos despues de su marcha, el galope de dos caballos resonó sobre la nieve, y la bateria, despertada, lanzaba andanadas que pasaban por encima de las cabezas de los durmientes; el paso de los caballos era tan precipitado, que se hubiera creído que algunos albéitares machacaban un hierro.

El generoso ayuda de campo había sucumbido. El granadero atlético estaba sano y salvo. Felipe, defendiendo á su amigo, había recibido un bayonetazo en el hombro, á pesar de lo cual se aferraba á las crines del caballo y le apretaba tan bien con sus piernas, que el animal se hallaba cogido como en un tornillo.

— ¡Dios sea alabado! exclamó el Comandante, hallando á su soldado inmóvil y el coche en su sitio.

— Si sois justo, mi oficial, hareis que se me dé la cruz. Hemos tocado lindamente el clarinete, ¿eh?

— Aun no hemos hecho nada. Enganchemos los caballos. Tomad esas cuerdas.

— No hay bastantes.

— Y bien, granaderos, despojad á esos durmientes de sus chales, de su ropa blanca...

— ¡Bah! este farsante está muerto, exclamó el granadero, despojando al primero á quien se dirigió. ¡Ah! esto es una burla. ¡Están muertos!

— ¿Todos?

— ¡Sí, todos! Creo que el caballo es indigesto cuando se le come á la nieve.

Estas palabras hicieron temblar á Felipe.

El frío había redoblado.

— ¡Dios mío! perder á una mujer que he salvado ya veinte veces,

El Comandante sacudió á la Condesa, exclamando:

— ¡Estefanía! ¡Estefanía!

La jóven abrió los ojos.

— Señora, nos hemos salvado.

— ¡Salvados! repitió ella volviendo á caer.

Los caballos fueron enganchados como se pudo. El Comandante, con el sable en una mano y en la otra las bridas, armado de sus pistolas, montó sobre uno de los caballos, y el granadero sobre el segundo. El viejo soldado, cuyos piés se habían helado, fué arrojado de través en el coche, encima del general y de la Condesa. Excitados á golpes de sable, los caballos llevaron el carruaje con una especie de furia por la llanura donde esperaban al Comandante numerosas dificultades. Bien pronto fué imposible avanzar, sin exponerse á aplastar hombres, mujeres y hasta niños dormidos, que rehusaban moverse cuando el granadero los despertaba. En vano el señor de Sucey buscó el camino que la retaguardia se había abierto en medio de esta masa de hombres; se había borrado como se borra la estela del buque en el mar. No podía caminar más que al paso, y á menudo detenido por soldados que le amenazaban con matarle los caballos.

— ¿Quereis llegar? le dijo el granadero,

— A costa de toda mi sangre, á costa del mundo entero, respondió el Comandante.

— ¡Adelante! no se hacen tortillas sin romper huevos.

Y el granadero de la guardia lanzó los caballos sobre los hombres, ensangrentando las ruedas, volcando los vivacs, y abriendo un doble surco de muertos á través de aquel campo de cabezas. Pero hágámosle la justicia de declarar que nunca dejó de exclamar con voz tonante:

— ¡Cuidado, pudrígorios!

— ¡Infelices! exclamó el Comandante.

— ¡Bah! el frío y el cañon habrían de acabar con ellos, dijo el granadero animando los caballos y pinchándoles con el sable.

Una catástrofe que debía sucederles bien pronto, y de la que les había librado hasta entónces una fabulosa casualidad, vino á detenerles de repente en su marcha. El coche volcó.

— Me lo esperaba, exclamó el imperturbable granadero. ¡Oh, oh! el camarada ha muerto.

— ¡Pobre Lorenzo! dijo el Comandante.

— ¡Lorenzo! ¿Era del 5.º de cazadores?

— Sí.

— Es mi primo. ¡Bah! Esta perra vida no es tan venturosa para echarla de ménos en los tiempos que corren.

El coche no fué alzado, los caballos no fueron desenganchados sin una inmensa, irreparable pérdida de tiempo. El choque habia sido tan violento que la jóven Condesa, despertada y sacada de su atolondramiento por la conmocion, se desembarazó de sus vestiduras y se alzó.

— Felipe, ¿dónde estamos? exclamó con voz dulce, y mirando á su alrededor.

— A quinientos pasos del puente. Vamos á pasar el Beresina. Del otro lado del rio, Estefania, no os atormentaré más; os dejaré dormir, estaremos seguros, y llegaremos tranquilamente á Wilna. ¡Dios quiera que no sepais jamás lo que habrá costado nuestra vida!

— ¿Estás herido?

— No es nada.

La hora de la catástrofe habia llegado. El cañon de los rusos anunció el día. Dueños de Studzianka, cañonearon la llanura, y á los primeros albos de la mañana el Comandante percibió las columnas de aquellos moverse y formar sobre las alturas. Un grito de alarma se alzó del seno de la multitud, que se puso en pié en un momento. Cada uno comprendió instintivamente el peligro que corria, y todos se dirigieron hácia el puente por un movimiento de oleada. Los rusos bajaban con la rapidez del incendio. Hombres, mujeres,

niños, caballos, todo marchó sobre el puente. Por fortuna, el Comandante y la Condesa se hallaban aún léjos de la orilla. El general Eblé acababa de pegar fuego á los estribos del puente en la otra orilla. A pesar de las advertencias hechas á los que invadian esta tabla de salvacion nadie quiso volver atrás. No sólo se abismó el puente cargado de personas, sino que la impetuosidad del gentío lanzado hácia el fatal ribazo fué tan furiosa, que una masa humana se vió precipitada en las aguas como una avalancha. No se oyó un grito, sólo el ruido sordo de una piedra que cae al agua; pero el Beresina se cubrió de cadáveres. El movimiento retrógrado de los que tornaron á la llanura para escapar á tal muerte fué tan violento, y su choque contra los que avanzaban fué tan terrible, que gran número de personas murieron sofocadas. El Conde y la Condesa de Vandières debieron la vida á su carruaje. Los caballos, despues de haber aplastado, molido una masa de moribundos, perecieron machacados, pisoteados por una tromba humana que se lanzó á la orilla. El Comandante y el granadero se salvaron á fuerza de fuerzas. Mataron para no ser muertos. Aquel huracan de caras humanas, aquel flujo y reflujo de cuerpos animados por el mismo movimiento, dió por resultado el

dejar desierta algunos instantes la orilla del Beresina. La multitud habia retrocedido hasta la llanura. Si algunos hombres se lanzaron al rio desde lo alto del ribazo, fué más bien para huir de los desiertos de la Siberia que con la esperanza de ganar la orilla opuesta, que para ellos era la Francia. La desesperacion fué una egida para algunos osados. Un oficial saltó de témpano en témpano hasta el otro lado; un soldado se arrastró milagrosamente sobre un monton de cadáveres y témpanos. Aquella inmensa muchedumbre concluyó por comprender que los rusos no matarían á veinte mil hombres inermes, atontados, estúpidos, que no se defendían, y cada cual esperó su suerte con horrible resignacion. Entonces el Comandante, su granadero, el viejo general y su mujer se quedaron solos, á alguna distancia del sitio donde estaba el puente. Permanecían allí todos cuatro en pié, los ojos secos, silenciosos, rodeados de una masa de muertos. Algunos soldados útiles, algunos oficiales á quienes la situacion volviera toda su energia se encontraban con ellos. Este grupo, bastante numeroso, se compondria de unos cincuenta hombres. El Comandante divisó á doscientos pasos las ruinas del puente hecho para los coches y que fué destrozado la antevíspera.

— ¡Hagamos una balsa! exclamó. Apenas hubo dejado caer esta expresión, el grupo entero corrió hacia los restos. Una porción de hombres se pusieron á recoger pernios, á buscar pedazos de madera, cuerdas, todas los materiales, en suma, necesarios para la construcción de una balsa. Unos veinte armados, entre soldados y oficiales, formaban una guardia, mandada por el Comandante, para proteger á los trabajadores contra los ataques desesperados que pudieran intentar las turbas al adivinar sus propósitos. El sentimiento de la libertad que anima á los prisioneros inspirándoles prodigios, no puede compararse al que en aquel momento hacía obrar á aquellos desgraciados franceses.

— ¡Ahí están los rusos, ahí están los rusos! gritaron á los trabajadores los que los defendían.

Y las maderas crujían, el tablado aumentaba á lo largo, á lo ancho y á lo profundo. Generales, soldados, coroneles, todos se doblegaban bajo el peso de las ruedas, de los hierros, de las cuerdas, de las tablas; era una imagen real de la construcción del arca de Noé. La joven Condesa, sentada cerca de su marido, contemplaba el espectáculo con el disgusto de no poder contribuir en nada al trabajo; sin embargo, ayudaba á hacer nudos para consolidar

los cordajes. Al fin fué terminada la balsa. Cuarenta hombres la lanzaron á las aguas del río, mientras que unos diez soldados tenían las cuerdas que debían servir para amarrarla cerca del ribazo. Mas apenas los constructores vieron su embarcación flotando sobre el Beresina, se arrojaron sobre ella desde lo alto de la orilla con horrible egoísmo. El comandante, temiendo el furor de este primer movimiento, tenía al General y á Estefanía sujetos de la mano; pero se estremeció cuando vió la embarcación negra de gente, y los hombres apretados encima como los espectadores en el patio de un teatro.

— ¡Salvajes! exclamó, yo os he dado la idea de hacer una balsa; yo soy vuestro salvador, y me negais un sitio.

Un rumor confuso sirvió de contestación. Los hombres, colocados al borde de la balsa, y armados de palos que apoyaban en el ribazo, empujaban con violencia el tren de madera, para lanzarle hasta la otra orilla, haciéndole hender témpanos y cadáveres.

— ¡Trueno de Dios! Os *clayo* en el agua si no admitís al Comandante y sus dos compañeros, exclamó el granadero, que levantó el sable, impidió la marcha é hizo que se apretaran las filas á pesar de los gritos horribles de aquella gente.

— ¡Que me voy á caer, que me caigo! gritaban sus compañeros. ¡Partamos! ¡Adelante!

El Comandante miraba con ojos enjutos á su amada, que elevaba la mirada al cielo por un sentimiento de sublime resignación.

— ¡Morir contigo! dijo ella.

Habia algo de cómico en la situación de las personas instaladas en la balsa. Aunque lanzaban espantosos rugidos, ninguno de ellos osaba resistir al granadero, porque estaban tan apretados, que bastaba empujar á un individuo para tumbar á todos. En tal peligro, un capitán quiso desembarazarse del soldado, quien, notando el movimiento hostil del oficial le agarró y le precipitó en el agua diciéndole:— ¡Ah, ah! pato, ¡tú quieres beber, bah!

— ¡Ya hay dos sitios! exclamó. Vamos Comandante, arrojadnos vuestra mujercita y venid. Dejad á ese viejo ridículo que reventará mañana.

— ¡Despachaos! exclamó una voz compuesta de cien voces.

— Vamos, Comandante..... los demás gruñen y tienen razón.

El Conde de Vandières se desembarazó de sus vestiduras, y se puso en pié con su uniforme de general.

— Salvemos al Conde, dijo Felipe.

Estefania estrechó la mano de su amigo,

se arrojó sobre él, y le abrazó, estrechándole horriblemente.

— ¡Adios! dijo ella.

Se habian comprendido. El Conde de Vandières recobró sus fuerzas y su presencia de ánimo para saltar á la embarcación á donde Estefania le siguió despues de haber echado la última mirada á Felipe.

— ¿Comandante, quereis mi sitio? Yo me rio de la vida, exclamó el granadero. Yo no tengo ni mujer, ni hijo, ni madre.

— Yo te los confio, exclamó el Comandante, designando al Conde y á su mujer.

— Quedad tranquilo, cuidaré de ellos como de mis ojos.

La balsa fué lanzada con tanta violencia hácia la orilla opuesta á la en que Felipe permaneció inmóvil, que al tocar tierra la sacudida lo bamboleó todo.

El Conde, que estaba al borde, rodó al rio. En el momento en que caía, un témpano le cortó la cabeza y la lanzó léjos como si fuera una bala de cañón.

— ¡Hein, Comandante! exclamó el granadero.

— ¡Adios! gritó una mujer.

Felipe de Sucey cayó helado de horror, anonadado por el frio, por el disgusto y por la fatiga.

— Mi pobre sobrina se habia vuelto loca,

añadió el médico, despues de un momento de silencio. ¡Ah! señor, prosiguió cogiendo la mano del señor de Albon, ¡qué horrorosa ha sido la vida para esta pobre mujer, tan jóven, tan delicada! Despues de haber sido separada, á causa de una desgracia inaudita, del granadero de la guardia, llamado Fleuriot, sirvió, durante dos años que siguió al ejército, de diversion á una porcion de miserables. Segun me han dicho, solia ir con los piés desnudos, mal vestida, y pasaba meses enteros sin alimento, sin atenciones, unas veces custodiada en los hospitales, otras arrojada como un animal. Dios solo sabe las desgracias á que esta infortunada ha sobrevivido. Dos años ha estado en una pequeña ciudad de Alemania, encerrada con locos, mientras que sus parientes se dividian su herencia, creyéndola muerta. En 1816, el granadero Fleuriot la reconoció en una posada de Estrasburgo, á donde acababa de llegar despues de evadirse de la prision. Unos aldeanos contaron al granadero que la Condesa habia vivido un mes entero en un bosque, y que ellos la habian perseguido para apoderarse de ella, sin conseguirlo. Yo estaba entonces á algunas leguas de Estrasburgo. Oyendo hablar de una jóven salvaje, tuve deseos de verificar ciertos extraordinarios hechos que daban asunto

á ridículos cuentos. ¿Qué fué de mí al reconocer á la Condesa? Fleuriot me enteró de todo lo que él sabia de esta deplorable historia. Llevé á este pobre hombre con mi sobrina á Auvernia, donde tuve la desgracia de perderle. Era el único que ejercia algun dominio sobre la señora de Vandières; él solo pudo conseguir que se vistiera *¡Adios!* esta palabra, que es ya su único idioma, es la que pronunciaba ántes alguna que otra vez. Fleuriot habia tratado de despertar en ella algunas ideas, sin poder lograr más que pronunciara con mayor frecuencia la triste palabra. El granadero sabia distraerla y ocuparla jugando con ella; en él tenia yo fundadas mis esperanzas, pero.....

El tio de Estefania se calló algunos instantes.

— Aquí, prosiguió, ha encontrado una criatura con la cual parece que se entienda. Es una aldeana idiota, que aunque fea y estúpida, ha querido á un albañil: Este albañil pretendió casarse con ella porque tenia algunos terrones. La pobre Genoveva ha sido durante un año la criatura más feliz del mundo. Se componia é iba los domingos á bailar con Dallot; comprendia el amor, habia en su corazon y en su alma sitio para un sentimiento. Pero Dallot lo ha pensado mejor. Ha encontrado una chica